HAL
open science

Cuba y el patrimonio cultural cubano y caribeño desde los principios de la Revolución

Janice Argaillot

To cite this version:

Janice Argaillot. Cuba y el patrimonio cultural cubano y caribeño desde los principios de la Revolución. Anuario Americanista Europeo, 2012, 10, pp.1-19 (Sección Varia). halshs-00825081

HAL Id: halshs-00825081

https://shs.hal.science/halshs-00825081v1

Submitted on 22 May 2013

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Cuba y el patrimonio cultural cubano y caribeño desde los principios de la Revolución

Janice Argaillot[*]

Resumen: *Este artículo propone un análisis del papel de Cuba en la defensa, salvaguarda y valorización del patrimonio cultural cubano y caribeño. De este modo, en primer lugar, se destacarán los métodos empleados por el gobierno cubano (política cultural, leyes, educación de la población, etc.) para fomentar la salvaguarda del patrimonio cultural, así como las relaciones de toda clase establecidas con otros países con la meta de preservar un patrimonio presentado como "común". En segundo lugar, se pondrá de relieve la participación e implicación de la población cubana en la preservación de los patrimonios culturales de Cuba y el Caribe, lo que nos permitirá entender la fuerza del tema cultural en las relaciones humanas, sociales e interestatales. En fin, se considerará los retos que la gestión patrimonial supone para Cuba, que debe al mismo tiempo preservar una (o varias) herencia(s) cultural(es), adaptarse al turismo, confirmar su implicación en la sostenibilidad, e inventar constantemente nuevas estrategias de desarrollo económico.*

Abstract: Cuba and the cultural Cuban and Caribbean heritage since the beginning of the Revolution.
This article aims to analyze the role of Cuba in the defense, maintenance and valorization of the Cuban and Caribbean cultural heritage. Firstly, we will explain the methods used by the Cuban government (cultural policy, laws, education of the population, etc.) in order to develop the maintenance of the cultural heritage, as the relationships established with other countries with the aim to preserve an heritage presented as "shared". Secondly, we will throw in relief the participation and implication of the Cuban population in the preservation of the Cuban and Caribbean cultural heritages, so that we can understand the power of the cultural topic in human, social and between states relationships. Lastly, we will consider the challenges that the management of heritage presupposes for Cuba, which must at the same time preserve one or different cultural inheritance(s), adapt itself to the tourism, confirm its implication in the sustainability, and invent constantly new strategies of economic development.

Palabras clave: Cuba, Caribe, patrimonio, cultura.
Keywords: Cuba, Caribbean, heritage, culture.

Este artículo propone un análisis del papel de la Revolución cubana en la defensa, salvaguardia y valorización del patrimonio cultural cubano y caribeño. En efecto, se observa el compromiso cada vez más fuerte de la Isla con el tema cultural, cuestión que el gobierno cubano presenta muchas veces como un lazo entre los Estados del área caribeña.

De este modo, en primer lugar, se destacarán los métodos empleados por el gobierno cubano (tales como la política cultural, las leyes, la educación de la

[*] Universidad de Cergy-Pontoise (Francia), janice.argaillot@orange.fr

Recibido 2012-10-29 Aceptado 2013-01-09

población, etc.) para fomentar la salvaguardia del patrimonio cultural, y se prestará atención a las relaciones interestatales establecidas con la meta de preservar un patrimonio presentado como "común".

En segundo lugar, se pondrá de relieve la participación de la población cubana en la preservación de los patrimonios culturales de Cuba y el Caribe – y de manera indirecta su eventual pasividad–, su implicación por parte de las autoridades así como el impacto de tal proceso, lo que nos permitirá entender la fuerza del tema cultural en las relaciones humanas, sociales e internacionales.

En fin, se considerarán los retos que la gestión patrimonial supone para Cuba, que debe al mismo tiempo preservar una (o varias) herencia(s) cultural(es), adaptarse al turismo, enfrentar la globalización, confirmar su progresión en el camino de la sostenibilidad, e inventar constantemente nuevas estrategias de desarrollo económico.

MÉTODOS DEL GOBIERNO CUBANO PARA SALVAGUARDAR EL PATRIMONIO CULTURAL CUBANO Y CARIBEÑO

Para empezar, es de notar que Cuba es un país peculiar en el seno del Caribe, por la abundancia y la diversidad de sitios clasificados como partes del patrimonio de la humanidad:

> La situation de ce pays est tout à fait exceptionnelle, d'abord par rapport au reste de la Caraïbe, puisqu'il détient à lui seul sept des quinze sites, culturels ou naturels, distingués par l'UNESCO pour cette région du globe […], mais aussi par la variété de ce qui a été jugé digne d'entrer dans la mémoire collective de la planète. Aux sept sites architecturaux retenus (la vieille ville de La Havane et ses fortifications, la citadelle de Santiago, les vestiges des caféières de la région de Santiago, Trinidad et la Vallée sucrière de Los Ingenios, la vallée de Viñales, les cœurs anciens de Cienfuegos et Camagüey…) s'ajoutent en effet deux biens "naturels" (les parcs de Desembarco de Granma et d'A. Humboldt), et plus remarquable, car il s'agit du seul exemple dans la Caraïbe pour le patrimoine immatériel, la labellisation de la Tumba francesa de Santiago, association de chants et de danses afro-cubains[1] (Bégot 2011, 74).

Cabe precisar que el Ministerio de Cultura de Cuba es el órgano encargado de "garantizar la defensa, preservación y enriquecimiento del patrimonio cultural de la

[1] "La situación de este país es totalmente excepcional, primero en cuanto al resto del Caribe, puesto que posee por sí solo siete de los quince sitios, culturales o naturales, distinguidos por la UNESCO para esta región del globo […], pero también por la variedad de lo que ha sido juzgado digno de entrar en la memoria colectiva del planeta. A los siete sitios arquitecturales aceptados (La Habana Vieja y sus fortificaciones, la ciudadela de Santiago, los vestigios de los cafetales de la región de Santiago, Trinidad y el Valle azucarero de Los Ingenios, el valle de Viñales, los cascos antiguos de Cienfuegos y Camagüey…) se añaden en efecto dos bienes "naturales" (los parques de Desembarco de Granma y de A. Humboldt), y más notable, porque se trata del único ejemplo en el Caribe para el patrimonio inmaterial, la calificación de la Tumba francesa de Santiago, asociación de cantos y de bailes afrocubanos".

nación Cubana" (Saunders 2008, 150). Se nota que hasta en su Constitución – norma suprema del Estado – la mayor isla de las Antillas pretende no sólo defender, sino también "enriquecer" su patrimonio cultural. Esto es importante, en la medida en que significa una apertura de la cultura cubana y del patrimonio cultural cubano a varios aportes, hasta en nuestros días. Así, la Revolución cubana no fue sinónimo de cierre de las fronteras culturales entre Cuba y sus vecinos.

A este respecto, la Constitución de Cuba de 1976 ya utilizaba "el término riqueza para señalar los bienes que conforman el patrimonio natural y cultural" (Jaramillo et. al. 2004, 16). Esta palabra aclara la posición de Cuba, que ve en los aportes culturales múltiples un capital sustancial. No podemos sino notar que los términos "capital" y "riqueza" se relacionan, y evocan la abundancia, la pertenencia, pero también y de cierta manera el bienestar. En efecto, a pesar de ser en parte inmateriales, los bienes culturales llegan a ser recursos tangibles, cuando se convierten en propiedades de la población.

Además, la definición del patrimonio dada por el gobierno revolucionario es bastante amplia, ya que abarca a la vez elementos "naturales" y "culturales". Los bienes geográficos vienen acompañados por la cultura heredada de siglos de Historia, y si lo "natural" se diferencia de lo "cultural", ya se percibe el intento cubano por preservar la totalidad de su patrimonio.

Asimismo, la campaña de alfabetización de 1961, los diferentes pasos dados hacia la consolidación de la cultura nacional y la creación del Ministerio de Cultura cubano – en 1976– aclaran el proyecto revolucionario, ya que se percibe la manera con que la Revolución trajo un nuevo aliento a la cultura cubana, y se entiende que el gobierno quiso, desde un principio, incentivar la creación y la difusión de la cultura, así como asegurar la perpetuación del patrimonio heredado de las generaciones precedentes. De esta forma, "las grandes líneas de una política de restauración, de protección y de mantenimiento del patrimonio histórico y cultural [de Cuba] fueron trazadas" (Canton Navarro 2003, 245) muy rápido después del triunfo de las tropas revolucionarias. La Revolución cubana, además de constituir un hito de la historia cubana, caribeña y latinoamericana, impulsó así una nueva imagen de la cultura, al relacionarla con el pueblo e intentando crear una emulación global alrededor de ella. La Revolución hizo de la cultura un elemento motor de la política cubana, y no se concentró en las expresiones culturales cubanas, puesto que prestó atención desde sus principios a "lo caribeño" y lo "latinoamericano".

No cabe duda de que el patrimonio y la cultura sean dos elementos claves de la acción política cubana, tanto interior como exterior. Lo que obstaculiza y apoya al mismo tiempo los esfuerzos cubanos es la prioridad dada a países que comparten las ideas de la Revolución cubana. En otros términos, la historia política del Caribe ayudó o no la construcción y la supervivencia de lazos culturales entre Cuba y sus vecinos, y se entiende que el periodo de independencia de los años 1970 experimentado por los países anglófonos fueron de intensiva colaboración, ya que dichos países tenían interés si no en seguir los pasos de la Revolución cubana, por lo menos en sacar provecho de sus realizaciones.

Como lo dijo Armando Hart, Ministro de Cultura de Cuba entre 1976 y 1997: "Si nuestra ideología es internacionalista y nuestras aspiraciones son socialistas, nuestra cultura y nuestro arte deben intercambiar con lo mejor del patrimonio artístico

mundial, conocerlo y asimilarlo críticamente […]" (Hart Dávalos 1990, 118). La acción política cubana bien se desarrolla primero en el territorio cubano, y beneficia en primer lugar a los cubanos: "El Estado cubano […] preconiza […] la defensa de la identidad de la cultura Cubana, la conservación del patrimonio cultural […] y la protección de los monumentos nacionales" (Saunders 2008, 150). Sin embargo, no se trata de excluir las demás culturas, ni de "encerrar" la cultura cubana o de ponerla en un pedestal en detrimento de otras. Al contrario, Cuba y su gobierno favorecen los contactos con las demás culturas del Caribe, aunque este tema siempre venga relacionado con lo político, y la preservación del patrimonio constituye una articulación de las relaciones cubano-caribeñas actuales.

A consecuencia, y si no se puede negar la evolución del enfoque cubano hacia el subcontinente latinoamericano –ya que la Historia impuso a Cuba un regreso progresivo hacia el Caribe, mientras se había dedicado en gran parte al estudio de culturas "hermanas" de América Latina– tenemos que notar que las autoridades de la Isla quisieron desde 1959 relacionar su cultura con las de su entorno.

Por supuesto, la definición del Caribe plantea en sí problemas: "[…] el Caribe se nos presenta como una unidad incuestionable, en lo que respecta a la geografía, la cultura y la etnografía, aunque con características propias en función de su historia, dominación colonial e idioma" (Álvarez Estévez y Guzmán Pascual 2008, 15). Pero Cuba se empeña en promover los contactos con todos los países y todos los pueblos que reivindican su "caribeanidad" (países como Nicaragua presentan regiones "caribeñas"), dejando de lado lo geográfico para dar paso a la creación de un Caribe ante todo cultural. De este modo se establecieron contactos con Venezuela o México, y Cuba firmó el "Convenio para la Protección y el Desarrollo de la Región del Gran Caribe". La cultura puede pues convertirse en un nuevo elemento de definición para un espacio siempre presentado como indefinible y fragmentado.

Las autoridades de la Isla reiteraron en varias ocasiones su apego al rescate de las raíces culturales del área caribeña, y Cuba sigue siendo implicada en convenios cuya meta es impedir la "dilución" de los orígenes culturales de los avances tecnológicos contemporáneos: "En la reunión del Consejo de los ADPIC realizada del 25 al 27 de junio de 2002, Brasil y varios países en desarrollo, entre otros […] Cuba […], propusieron una enmienda al Acuerdo pertinente que, de ser aprobada, lo vincularía al Convenio sobre la Biodiversidad y la protección de los conocimientos tradicionales. Según esa enmienda, para otorgar una patente a un invento biotecnológico que suponga el uso de recursos genéricos y conocimientos tradicionales se exigiría lo siguiente: i) identificar la fuente y el país de origen del recurso biológico y de los conocimientos tradicionales utilizados en la invención y ii) demostrar el consentimiento previo de las autoridades del país de origen para [su] uso […]" (Ventura Días 2003, 206). La cultura y los nuevos medios de comunicación y/o la tecnología se enfocan así como sectores complementarios, y la región caribeña parece determinada en hacer reconocer su contribución al desarrollo de nuevos equipamientos o productos relacionados con su cultura.

Como ya se sabe, los problemas económicos son un tema recurrente cuando uno habla de Cuba, y el Ministerio de Cultura de la Isla tiene que funcionar con un presupuesto que sin duda, no permite una acción global y total en referencia a la protección del patrimonio. No obstante, y a pesar de todas las dificultades, se

observa que el Estado cubano nunca dejó de invertir en el sector de la cultura, tanto para su difusión como preservación, creación y valoración. Así, en 1994 –o sea en pleno Periodo Especial en Tiempo de Paz– Cuba gastó unos 164,1 millones de pesos para la cultura (Solbès 1998, 152).

A este respecto, instituciones tales como la Casa de las Américas o la Casa del Caribe contribuyen a fomentar el intercambio cultural entre Cuba y los demás países caribeños, y a promover la colaboración cultural y artística entre los países de la región caribeña, pero siempre en primer lugar con los países "hermanos": "La Casa del Caribe nació el 23 de junio de 1982 con la misión de convertirse –según precisara en el acto de su constitución el ministro de Cultura –compañero Armando Hart Dávalos– en "un instrumento de relaciones y estrecha colaboración y comunicación con las instituciones culturales de los países hermanos de la zona" (Wood 2008, 33). Cabe notar que históricamente, Santiago de Cuba se impuso como "la" ciudad caribeña de Cuba: "Santiago, ciudad caribeña… se proyecta hacia el Caribe, el Caribe geográfico, pero también Caribe cultural" (Lamore 1988, 26). No obstante, desde unos años, La Habana también se convierte en una bisagra de la cooperación cultural cubano-caribeña. Se nota pues que el gobierno cubano intenta reducir el desfase entre la zona oriental de la isla, tradicionalmente orientada hacia el Caribe, y la zona más occidental, base del diálogo entre Cuba y la totalidad del subcontinente latinoamericano. Pero este reajuste, como lo veremos después, es parte de un proyecto de integración más global para Cuba.

La Oficina del Historiador de la ciudad de La Habana también actúa intensivamente a favor de la protección del patrimonio cultural. Sin embargo, no se puede hacer más que constatar otra vez que ciertas ciudades –tanto de Cuba como del Caribe– concentran los esfuerzos, en detrimento de otras. Esto acentúa los desajustes en un espacio ya dividido a varios niveles. En efecto, "es el Historiador quien guía las empresas mixtas del turismo, como aquella llamada Habaguanex, que se crearon para incorporar el proyecto de la reconstrucción de La Habana Vieja en el proyecto nacional económico de adquisición de divisas, tan necesario para superar la crisis económica, llamada Período Especial en Tiempos de Paz, después de la derrota del bloque socialista en 1989" (Segre 2005, 132).

Se nota además que el proyecto de rescate de La Habana Vieja conducido por la Oficina del Historiador –llamado Plan Maestro para la Revitalización Integral de La Habana Vieja– se orienta hacia la preservación de los edificios de arquitectura colonial. Preservar la herencia colonial (sea por necesidad de preservar en realidad el turismo) y no los barrios construidos ulteriormente puede inducir un aproximamiento al Caribe, que también experimentó el proceso de colonización. Además, permite preservar un patrimonio arquitectural pero también inmaterial, al permitir a las poblaciones quedarse en su lugar de residencia, y de práctica cultural.

Algunos observadores mostraron que un tan sólo 10% de los monumentos puestos de realce como de sumo valor por la Comisión Nacional de Monumentos de Cuba lo es por motivos sociopolíticos (Scarpaci y Portela 2009, 105). Este hecho evidencia el compromiso de las autoridades cubanas en actuar en beneficio de la cultura, que, a pesar de sus estrechos lazos con lo político, constituye al fin y al cabo una esfera específica que evoluciona fuera de ciertas consideraciones políticas.

Por otra parte, el análisis de la música cubana parece haber sido un eje clave del descubrimiento de la cubanía, de la cubanidad y de la caribeanidad. Esta música, según unos investigadores, es la prueba evidente de que las culturas cubanas y caribeñas no son culturas "penetradas" (Borges Triana 2007, 68), sino culturas propias.

La música, y las artes en general, cuya acción libertadora se conoce, actúan como una catarsis, y son pruebas de cierta resistencia cultural, lo cual permite cierta vinculación entre los Estados, que a su vez desemboca en una reflexión sobre la preservación del patrimonio.

El Festival del Caribe, que tiene lugar cada año en Cuba, es una muestra del interés cubano en promover conexiones entre los pueblos caribeños y sus culturas. Las dedicatorias de dicha manifestación lo muestran claramente.[2]

El Festival del Caribe, o Fiesta del Fuego, es la expresión concreta de la manera con que la Isla enfoca su y la caribeanidad: "[…] the Festival of Caribbean Culture, sponsored by Santiago de Cuba's Casa del Caribe […], focuses on Caribbean identity. It takes place in the eastern part of the island, since this is the most Caribbean area"[3] (William 2001, 51). Para algunos expertos, el Festival del Caribe es la confluencia de las culturas caribeñas.[4] Se percibe como un "CARIFESTA cubano".[5]

De igual manera, en 1982 se convocó en Cuba "con el nombre de "Festival de la Cultura de Origen Caribeño" y, más tarde, hacia 1986, convertido en lo que es hoy: el Festival de la Cultura Caribeña […]" (Orozco-Lamore y Fleitas-Monnar 2011, 195-196). Este festival se convirtió en un "festival sui generis con identidad propia en el área del Caribe" (Orozco-Lamore y Fleitas-Monnar 2011, 196).

El patrimonio cultural cubano viene pues ligado para el gobierno de la Isla con el caribeño, lo que explica los análisis desarrollados en Cuba desde varios años. Muchos especialistas e investigadores, entre los cuales Fernando Ortiz[6], plasmaron la "cubanidad" y la "caribeanidad". Si estas palabras pueden ser vistas como "meros" sentimientos, permiten en realidad a las poblaciones caribeñas relacionarse entre sí, y hacer de la identidad y del patrimonio cultural un vínculo sólido. "En resumen, dada la dificultad de establecer con claridad cuáles son las fronteras geográficas, socioeconómicas, étnicas, políticas de la región que llamamos caribeña o del Caribe, es natural que términos como "Caribe", "caribeño", "caribeanidad", "lo Caribeño", "Antillanité", "Caribbeaness", y otros, resulten problemáticos, aun en el caso de que lo aplicáramos en un estricto sentido cultural […] . […] todos estos términos deben ser vistos como inestables construcciones de plasma, en perpetua fluidez y cambio. Tanto es así, que si se les preguntara individualmente a los ya numerosos investigadores del Caribe que definieran geográfica y socioculturalmente el ámbito

[2] Véase anexo.

[3] "el Festival de la Cultura caribeña, patrocinada por la Casa del Caribe de Santiago de Cuba […], se centra en la identidad caribeña. Tiene lugar en la parte oriental de la isla, puesto que es el área más caribeño".

[4] Entrevista con Milagros Martínez, profesora en la Universidad de la Habana, y Secretaria ejecutiva de la Cátedra del Caribe, 12 de julio de 2011, Universidad de La Habana.

[5] Entrevista con Milagros Martínez, profesora en la Universidad de la Habana, y Secretaria ejecutiva de la Cátedra del Caribe, 12 de julio de 2011, Universidad de La Habana.

[6] Fernando Ortiz Fernández, antropólogo y etnólogo cubano.

de los Caribeños, podría darse por seguro que no se alcanzaría un acuerdo unánime" (Benítez Rojo 1998, 389).

En esta medida, el carácter no exclusivo y no excluyente de la "cubanidad" es de capital importancia: "Tras haber definido cubanidad como la cualidad de lo que es propiamente cubano y haber precisado que no es un derecho exclusivo de los cubanos nacidos en la Isla, [Fernando Ortiz] añadía que se trataba más bien de una condición del alma, que engloba la cualidad particular de una cultura, la de Cuba" (Lucien 2007, 173).

Efectivamente, para Ortiz, la "cubanidad" es la suma de elementos culturales y de identidad que uno recibe casi como heredándola, y que se mantiene con el fluir del tiempo a través de una "manera de ser", lo que permite decir que el lugar donde uno se encuentra sólo influye parcialmente en su identidad cultural: "Cubanidad es "la calidad de lo cubano", o sea su manera de ser, su carácter, su índole, su condición distintiva, su individuación dentro de lo universal. […] La cubanidad no puede entenderse como una tendencia ni como un rasgo, sino, diciéndolo a la moda presente, como un complejo de condición o calidad, como una específica cualidad de cubano" (Ortiz 1991, 11-13).

La "cubanía", que actuaría como una "súper cubanidad", también es un factor importante, porque acarrea la conciencia de formar parte de una identidad: "Pienso que para nosotros los cubanos nos habría de convenir la distinción de la *cubanidad*, condición genérica de cubano, y la *cubanía*, cubanidad plena, sentida, consciente y deseada; cubanidad responsable, cubanidad con las tres virtudes –dichas teologales– de fe, esperanza y amor" (Ortiz 1991, 11-13).

PARTICIPACIÓN E IMPLICACIÓN DE LA POBLACIÓN CUBANA = TEORÍA Y PRÁCTICA

Al hablar de sentimientos y de identidad, uno tiene que evocar obligatoriamente al ser humano. La conservación del patrimonio tiene que ver con el fortalecimiento de la identidad, y el reconocimiento de la diversidad (Jaramillo et. al. 2004, 20): "La identidad cultural caribeña, surgida de un profundo y complejo mestizaje es una realidad, y el perfeccionamiento de la conciencia de sí mismos hace de la unidad del Caribe una utopía a la que es posible aproximarse como a una verdad latente" (Portuondo Zúñiga 2003, 207). Y la identidad está relacionada a su vez con el ser humano. Por eso, la preservación del patrimonio cultural no puede lograrse sin la participación activa y la implicación consciente –por lo menos en parte– de la población. La salvaguardia de la herencia cultural tampoco puede ser el solo hecho de los gobiernos, de entidades supranacionales, o de organizaciones desvinculadas de las esperanzas y de la vida cotidiana de los pueblos. Se observa por lo demás que las iniciativas de los gobiernos, cuando se desunen de la realidad, de la cotidianidad y del ser humano, sólo tienen éxitos parciales.

En relación con esto, hay que decir que la participación de la población cubana condiciona el éxito de los programas de preservación del patrimonio tanto nacional como regional, por la propia configuración del territorio caribeño. Esto concierne la totalidad del subcontinente latinoamericano: "Por la extensión, la diversidad y la magnitud de los territorios y las poblaciones que habitan América Latina, la gestión del patrimonio cultural y natural implica una tarea que rebasa cualquier trabajo

institucional. De hecho, la participación comunitaria y civil son ahora elementos indispensables para incidir en la investigación, documentación, recuperación, aprovechamiento y cuidado del patrimonio, y cada vez más exigen una acción consciente y, en la medida de lo posible, estratégica" (Jiménez López 2004, 31). La población tiene pues que relevar a los gobiernos, que, por la configuración geográfica de los lugares pero también por motivos económicos, no pueden asegurar una defensa activa de la totalidad del patrimonio cultural en todas partes.

Así, a los gobiernos les incumba "concientizar" a las poblaciones, para que ellas se vean como pueblos, y que se conviertan en actores activos de la conservación de un patrimonio que viven, en el que habitan, y que trasmiten: "La educación y la cultura son las vías para revelarnos a nosotros y a todos, las cualidades identificativas de este lugar del mundo donde todos llegaron –en circunstancias precisas– y llegaron de algún lugar. Un elemento esencial para la integración de nuestros pueblos es que ella surja de la comprensión de estos procesos comunes y de la diversidad contenida en ellos" (Wood 2008, 42). Lo de implicar al pueblo en la gestión del patrimonio cultural permite dar otra imagen de este patrimonio impreciso e inaprensible. Lo hace más concreto, y el paso hacia el conocimiento mutuo así como la integración harmoniosa de varias culturas que supone la participación del pueblo en su salvaguardia es una meta concreta para los ciudadanos.

Así, unas fiestas "populares" vinculadas al Caribe que cuentan con la participación del pueblo cubano tienen lugar en Cuba. Citemos el ejemplo de La Caridad, cerca de la Sierra Maestra, que muestra perfectamente los lazos estrechos entre las culturas de Cuba y de su vecino haitiano: "Sin dudas, el sello cultural que impone la presencia haitiana define la original personalidad del barrio. Los inmigrantes haitianos y sus descendientes han conservado durante años sus cantos, sus danzas y creencias. Y pese a dominar, tras un duro aprendizaje, el español, van trasmitiendo a sus descendientes la lengua de origen, el créole, con lo que se crea una activa área de bilingüismo, que –por supuesto– trae aparejada un interesante y dinámico intercambio lingüístico" (Corbea 1984, 62-63).

En Cuba, la preservación del patrimonio cultural parece unirse en una relación estrecha con el pueblo. Así, para el Partido Comunista de Cuba, "la guía magistral de los diversos aspectos de la política cultural es que los frutos de la creación artística sean en realidad patrimonio del pueblo y que éste participe, a través de múltiples vías, en el proceso creador" (s.a. 1988, s.p.). En efecto, implicar a la población significa involucrarla en el proceso revolucionario, y significa a consecuencia salvaguardar no sólo la cultura sino también la Revolución en sí. "La prioridad es dada al estudio de la historia, a la promoción del arte y a la preservación de todo lo que constituye el patrimonio cultural y natural de la isla, mediante la colaboración de las personas y de todos los grupos de la sociedad cubana (partidos, asociaciones, sindicatos, ministerios, organizaciones de masa, municipios) en la trasmisión de valores culturales nacionales" (Faivre d'Arcier-Florès 2008, 60). Estos "valores culturales nacionales" fortalecen una identidad nacional, que la Revolución pretende haber rescatado.

Pero lo que se presenta como componentes del patrimonio cubano depende de la definición que se da a tal palabra. El contexto político particular de Cuba influye a consecuencia en la definición de la identidad nacional y en la visión del "otro", del

mismo modo que impacta la sustancia de la palabra "cultura": "Como resultado del triunfo de la revolución socialista y en el curso de la revolución cultural se afianza una cultura nueva, socialista, cristalizada sobre la base de las mejores realizaciones de la cultura progresista del pasado. […] La cultura socialista constituye una etapa superior y cualitativamente nueva del desarrollo de la humanidad" (s.a. 1982, 128-129).

Bien se puede decir que la línea política que dice "dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada" (definida por Fidel Castro en su discurso conocido bajo el nombre de "Palabras a los intelectuales"), excluye necesariamente a autores y productores de cultura. No obstante, desde unos años, Cuba se emprende en reconocer el valor de la cultura trasmitida por su diáspora, y por los creadores que no están precisamente comprometidos con la Revolución. "Incluso el […] Ministro de Cultura y miembro del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, Abel Prieto (1994), en la Primera Conferencia "La nación y la emigración", reconoce los errores cometidos en décadas anteriores y legitima "un programa acertado de rescate, para el patrimonio vivo de la nación, de obras básicas de la cultura cubana, que implica independizar la posición política del individuo de los valores de su obra y de sus aportes culturales" (Borges Triana 2007, 135). Aun se puede decir que el gobierno cubano dio grandes pasos hacia la reintegración de autores de diferentes horizontes políticos al patrimonio cultural de la Isla: "A tenor con ello, hace años que las editoriales del país han venido publicando la obra de escritores cubanos radicados en el extranjero y hasta se ha querido editar textos de figuras abiertamente declaradas en contra de la Revolución, como son los casos de Guillermo Cabrera Infante o Reinaldo Arenas, y si no se ha hecho, ha sido por la negativa de los propios autores o de sus albaceas literarios" (Borges Triana 2007, 135).

Ya vemos que la protección del patrimonio reclama compromisos, y que el patrimonio cultural se relaciona a las historias pasadas y presentes de los Estados. Para decirlo de otra manera, la actuación de los gobiernos, y a consecuencia de las poblaciones permite fortalecer o no la defensa del patrimonio, pero también refuerza su construcción en el presente.

Sea lo que sea, los cubanos son llamados a participar plenamente a la creación y recreación del patrimonio cubano, y a la búsqueda de una identidad no sólo cubana, sino también caribeña y latinoamericana, cada vez más fuera de consideraciones políticas. Obviamente, los artistas cubanos no pueden salir de cierto marco, pero se aceptó la conformación de una identidad, que sin duda no es única, monolítica y bien determinada, con aportes varios. La preservación del patrimonio no es el solo hecho de una "élite", sino que la respaldan los que viven de manera cotidiana el patrimonio cultural sin ni siquiera darse cuenta de eso. En efecto, el patrimonio cultural se compone de obras de arte, de construcciones arquitecturales, de composiciones musicales o corrientes literarias, pero la manera de vivir, las costumbres (horario de las comidas, trasmisión de valores a los niños) también conforman el patrimonio cultural de un pueblo.

La población cubana se ve así implicada en el proceso de creación, de difusión y de salvaguardia de la cultura y del patrimonio. Por ese motivo, se fomentan eventos ligados con la cultura, de fácil acceso para los habitantes de la Isla, gracias a las

tarifas de entrada a las exposiciones por ejemplo. De esta manera, el Festival de la Cultura Caribeña, evocado arriba, "jamás [renunció] a su esencia popular […]"(Orozco-Lamore y Fleitas-Monnar 2011, 196) : "Este Festival no se apoya en figuras artísticas de renombre, sino que jerarquiza la participación de grupos portadores de la cultura popular tradicional caribeña, en un proceso de intercambio mutuo y con el pueblo en las plazas y calles de la ciudad" (Orozco-Lamore y Fleitas-Monnar 2011, 196).

Cabe notar que muchos eventos promovidos por el gobierno cubano tienen lugar en las escuelas, con el objetivo de rescatar el pasado remoto de la isla, y de ofrecer a los alumnos una visión de las expresiones culturales cubanas más genuinas o complejas en un marco histórico. Estos eventos vienen acompañados de programas destinados al conjunto de la población, que tratan cada uno de poner de relieve una parte de la cultura cubana, o una vertiente de sus raíces. Entre otros, se puede citar "la jornada cucalambeana" (o "guateque supremo"), el "proyecto cultural memoria viva", el programa "sibarimar", exposiciones destinadas a poner de relieve las raíces africanas de la cultura cubana, encuentros sobre la tradición cubana en el uso de las plantas (Escobar Araújo 2004, 236-243)… Bien se ve que el gobierno revolucionario intenta implicar a toda la población, al permitirla descubrir una cultura al final polifacética, y al ofrecerla la posibilidad de tomar conciencia de su valor.

No se puede negar los esfuerzos constantes desde 1959 por parte del gobierno para hacer de la cultura algo accesible, comprensible, y consecuentemente para desatarla de su imagen de propiedad fría de los museos y de los "intelectuales": "La política cultural revolucionaria se ha orientado […] a propiciar la participación de nuestro pueblo en los procesos culturales y su acceso a lo mejor del arte Cubano y universal […]" (Saunders 2008, 150).

Este empeño en desarrollar el acceso a la cultura tiene objetivos claros. Como lo subrayó Abel Prieto[7]: "Los creadores Cubanos, comprometidos de modo entrañable con nuestra Revolución, han tenido y tienen un peso decisivo en la proyección nacional e internacional de las instituciones culturales" (Saunders 2008, 150-151). De esta manera, la participación de la población cubana ya no sólo determina el porvenir de la Revolución como sistema político, sino también concurre a la proyección de la Revolución en el mundo. Además de proyectar la cultura cubana al escenario mundial, la acción del gobierno revolucionario permite pues, o por lo menos permitió, proyectar un modelo político.

Respecto a eso, la historia de América Latina en su totalidad es fundamental. En efecto, la colonización actúa como un hilo de Ariadna, y Cuba supo valerse de esto para presentar su actuación en el territorio cubano como una acción global, orientada hacia la defensa de los pobres del subcontinente, y hacia la defensa de un patrimonio compartido entre todos los latinoamericanos. Así, la gestión del patrimonio cultural en Cuba se convertiría en uno de los éxitos de un modelo político, y la cultura se hizo propiedad del pueblo por la importancia de ese último en las acciones revolucionarias: "La política cultural que deriva [del] proceso revolucionario [cubano] es la de recuperación de la cultura que portan originalmente las clases oprimidas, ahora en condiciones de expansión y desarrollo y liberadas del

[7] Hombre político cubano, Ministro de Cultura de 1997 a 2012.

contexto e ideología colonizadora o imperialista. […] La cultura popular es concebida como depositaria de las tradiciones vitales, combativas y libertarias del nacionalismo cubano" (UNESCO 1998, 70).

Una gestión patrimonial que cuente con el apoyo de la población también es sinónimo de mayor acceso a la democracia, y de mayor participación en ella: "La gestión del patrimonio está ligada indisolublemente con la aspiración de una mejor condición de vida, y la intervención social en ella conlleva necesariamente un proceso pedagógico por la democracia y la igualdad" (Jiménez López 2004, 31). Las discusiones alrededor del uso de la palabra "democracia", bien conocidas ya, no deben alejarnos de la constatación siguiente: al participar conscientemente en programas de desarrollo cultural, y de protección del patrimonio, el pueblo cubano se involucra en un proceso de reapropiación de su propia cultura.

RETOS DE LA GESTIÓN PATRIMONIAL PARA CUBA: GLOBALIZACIÓN, HERENCIA(S), TURISMO, SOSTENIBILIDAD Y DESARROLLO ECONÓMICO

La gestión del patrimonio cultural también condiciona el éxito de varios procesos vigentes en el Caribe. En efecto, desde unos años, Cuba y la región caribeña conocen varios cambios, incluso se podría hablar de mutaciones, que alcanzan entre otros el ámbito de la cultura.

El primero de estos cambios para Cuba sin duda es el turismo. Este fenómeno conoció una nueva etapa en Cuba durante los años 1990. En efecto, el desmoronamiento del bloque soviético y el consecuente "Periodo especial en tiempo de paz" obligaron la Isla a cierta reapertura.

El turismo supone acoger a turistas, para los cuales el gobierno y la población de la Isla desarrollaron servicios de alta calidad, muchas veces relacionados al patrimonio cultural y natural de Cuba (atracciones naturales, herencia histórica, prolífica vida cultural y artística): "Since 1996, when the numbers of visitors surpassed one million, Cuba has aimed to become a world destination, in addition to a Caribbean destination. To market its tourist product, the largest Antillean island relies mainly on quality local hospitality, exceptional natural attractions, authentic historical heritage, a prolific cultural and artistic life […]"[8] (Scarpaci y Portela 2009, 151).

El turismo es una manera de hacer descubrir el patrimonio cultural cubano y caribeño, con tal de que no desencadene una competencia feroz entre las principales destinaciones turísticas del área. En efecto, se subraya muy a menudo que Cuba y República Dominicana ofrecen un turismo de sol y playa de calidad similar, pero que lo que puede marcar cierta diferencia entre estos dos destinos es la oferta en materia de turismo cultural, y sobre todo la puesta de realce por parte de los gobiernos de estos atractivos culturales.

[8] "Desde 1996, cuando el número de visitantes sobrepasó un millón, Cuba tuvo como objetivo llegar a ser un destino mundial, además de un destino caribeño. Para poner a la venta su producto turístico, la mayor isla de las Antillas depende principalmente de la calidad de la hospitalidad local, de atracciones naturales excepcionales, de una herencia histórica auténtica, una vida cultural y artística prolífica […]".

Del mismo modo, el turismo no tiene que convertirse en sinónimo de destrucción para el patrimonio cultural cubano, tanto material como inmaterial. En efecto, la oferta artesanal tuvo tendencia a adaptarse a los gustos de los turistas, antes de ser una verdadera expresión de la cultura local. Por otra parte, Joel James Figarola "propuso [que el Festival de la Cultura de Origen Caribeño] fuese un objeto de atracción, pero para un "turismo especializado y constructivo, con objetivos de intercambios culturales esenciales" (Orozco-Lamore y Fleitas-Monnar 2011, 196). En resumidas cuentas, la gestión del patrimonio cultural permite rescatar raíces, hacer vivir une cultura, pero también asegura su supervivencia.

Asimismo, la sabiduría y los conocimientos derivados del patrimonio cultural no deben ser abandonados a la ley de la oferta y de la demanda. "En no pocos casos, el beneficio intensivo, nacional o transnacional, ha traído consigo serios riesgos de extensión o de agotamiento de recursos no renovables, de deterioro ambiental o incluso de ecocidio" (Jiménez López 2004, 31). El turismo no desemboca solamente en beneficios económicos, y la gestión del patrimonio así como su preservación alcanza aquí una importancia de primer orden, dado que se trata de no dejarse perder los recursos de los habitantes actuales y de las futuras generaciones. Se ve aquí la oposición entre cultura y economía, ya que el sector cultural no se considera tradicionalmente como un sector que permite beneficios económicos importantes e inmediatos. No obstante, la cultura sirve, aunque ciertos digan de lejos, el desarrollo económico.

Allende este hecho, la interacción cultural que provoca el turismo favorece los interrogantes en cuanto al sistema cubano. La llegada masiva de extranjeros, portadores de valores occidentales y cargados de aparatos tecnológicos de última moda, favorece la contestación dentro de la población cubana, y desembocó en una sociedad de dos velocidades. Para decirlo de otra manera, el turismo provocó mutaciones en la sociedad cubana, así como en el modo de vivir de los cubanos, y hasta en su cultura.

Sea lo que sea, cabe destacar que gracias a la cultura y a la preservación del patrimonio cultural, Cuba puede conseguir varios objetivos:

- El primero consistiría en lograr su (re)integración al espacio caribeño. En efecto, el "aislamiento", aunque relativo, de Cuba en el seno del Caribe y de América Latina impidió la participación de la Isla en ciertos proyectos de integración regional, reto de mayor trascendencia actualmente.

- A consecuencia, la integración de Cuba a su espacio de origen podría convertir la Isla en el motor de la integración regional caribeña, en particular la integración cultural de la región. En efecto, la Revolución intentó desde 1959 tender puentes con las demás islas caribeñas, sobre todo mediante la cultura. Su experiencia en el campo de la cultura y sus esfuerzos en este mismo plano podrían beneficiar a todo el área caribeña.

- Allende el fortalecimiento del Caribe como espacio geopolítico, la integración de Cuba al Caribe supone traspasar el bloqueo estadounidense, e incluso competir con el vecino del Norte para llegar a ser el centro cultural de la región, en detrimento de ciudades tales como Miami.

Frente a y dentro de la integración regional, la cultura cobra cada vez más fuerza, ya que permite un desarrollo global que alcance el día a día de las poblaciones:

> Ciertamente en los últimos años se ha dinamizado un fuerte movimiento integracionista en el terreno cultural con propuestas y acuerdos en un amplio universo de los diferentes sectores de la cultura de la región. Los ministros de cultura se han venido reuniendo con frecuencia y se han analizado y adoptado acuerdos de diversa índole orientados a promocionar la integración cultural. Ello es de un valor excepcional no sólo por lo que significa en sí mismo para la propia cultura de nuestros países, sino que cuando se ha reconocido que uno de los flancos más débiles del proceso de integración en marcha desde hace más de treinta años ha sido su incapacidad para irradiar un efecto en las poblaciones que las motivase a apoyar el objetivo de unión integral, es innegable que las actividades culturales pueden mostrar el potencial que realmente encierra la concertación de nuestros recursos y voluntades (Jiménez Barros 2006, 239).

La integración regional supone autoconocimiento, y este conocimiento propio no puede ser efectivo sin el conocimiento y reconocimiento del "otro". Así, el proceso de integración permite recentrarse en sí, pero no significa excluir el mundo alrededor: "[…] todo proceso de integración cultural regional […] es un proceso relacional, en el sentido de que se tiene que construir simultáneamente hacia adentro y hacia afuera. Si se mira con demasiada fijeza hacia adentro, las diferencias se vuelven infinitas y, también, las diferencias al interior de las diferencias. Es mirando hacia el exterior como se perciben las afinidades regionales y, por encima de éstas, las afinidades especiales con ciertas regiones, y finalmente, la ineludible afiliación a la humanidad" (Arizpe 2006, 231-232). En otros términos, la integración regional obliga el Caribe a mirar alrededor, y a mirarse a sí para sacar conclusiones adecuadas respecto a las similitudes y a los particularismos que hacen de ello una zona cultural a parte entera. Impone asimismo salir del nacionalismo, y a consecuencia, supone un nuevo interés para la cultura y las prácticas culturales.

A pesar de todo, se observa el retraso del Caribe respecto a la integración regional, específicamente cultural, cuando en América Latina Convenios tales como el Convenio Andrés Bello (que estableció entre otros un convenio con el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello) o la Unión Latina, a los cuales adhiere Cuba, fomentan la cooperación basada en la cultura y la identidad y la solidaridad cultural. Una reflexión global sobre la preservación del patrimonio cultural latinoamericano ya eclosionó: "La identidad cultural latinoamericana se vincula a las raíces de la historia común de las ciudades de América Latina; a sus tradiciones, valores éticos, modo de vida, manifestaciones funcionales, características específicas del marco físico-ambiental y la estructuración del mismo, problemática, y por sobre todos los aspectos, la idiosincrasia de nuestros pueblos. Por tales motivos nos corresponde conocerla, asimilarla, desarrollarla, divulgarla, defenderla, siendo esta identidad precisamente uno de los mayores objetivos que nos unen" (Ruiz de Somocurcio 1994, 108).

A este respecto, y a pesar de sus esfuerzos para orientar su política hacia el Caribe, "Cuba ha ratificado, y en este caso también La Habana, su vocación integracionista latinoamericana" (Ruiz de Somocurcio 1994, 108). De igual forma,

procesos tales como el ALBA, a pesar de su importancia, no implican únicamente países caribeños, sino que relacionan ciertos países caribeños con el subcontinente latinoamericano, acentuando aún más las divisiones del área caribeña. Se podría citar otros ejemplos de la preponderancia del subcontinente latinoamericano en materia de defensa del patrimonio cultural: "Con respecto a las políticas culturales de cooperación internacional América Latina y el Caribe se encuentran por encima de otras regiones. De todos los países que la integran, sólo Trinidad y Tobago no ha ratificado la Convención Internacional de Protección al Patrimonio Cultural y Natural de la Humanidad. Con relación a la Convención contra la Importación, Exportación y Transferencia de Propiedades Culturales, no han ratificado Chile, Haití, Jamaica, Paraguay, Trinidad y Tobago, y Venezuela. Muchos son los países que no han ratificado aun la Convención de Protección del Patrimonio Cultural en Situaciones de Guerra" (Arizpe 2006, 235). La CARICOM y la AEC no son por su lado organismos destinados a la preservación del patrimonio cultural. El mosaico caribeño tiene pues que adaptarse muy rápido a las evoluciones del orden mundial, so pena de convertirse en el último vagón del tren planetario.

Esta adaptación puede ser violenta, pero se observó que Cuba salió adelante de muchas dificultades: "La "Batalla de las ideas" en el plano político, económico y cultural que debe llevar a cabo Cuba para adaptarse a las evoluciones y a las condiciones del mundo actual testimonia de una "revolución educacional" permanente, de una lucha por una "Cultura General Integral" en la cual se ha lanzado desde unos años el régimen" (Faivre d'Arcier-Florès 2008, 60). Una vez más, se ve cómo, gracias a su experiencia, la Isla podría llegar a ser el motor de numerosos procesos, entre los cuales el de la unión mediante la cultura. Prueba de esto es la renovación del barrio del "Tivoli" de Santiago de Cuba, llevada a cabo gracias a ayudas financieras exteriores, que permitió "la recuperación urbanística y arquitectural de un lugar patrimonial del Centro histórico de [la ciudad]; el refuerzo de las tradiciones socioculturales; la creación de un espacio propicio al total desarrollo ulterior del turismo cultural" (Lamore 2003, 196). Tal proyecto ofrece oportunidades de establecer lazos con los demás países del Caribe, a los cuales Cuba puede ofrecer una experiencia enriquecedora.

Ahora bien, el mundo actual impone a Cuba una reflexión nueva y renovada sobre su pasado, presente y futuro. Los procesos de mundialización y globalización transforman las culturas, favorecen el contacto entre las expresiones de la identidad, pero también amenazan los particularismos locales: "Hoy las fiestas se encuentran amenazadas por factores como la globalización, el desarrollo económico, los desplazamientos voluntarios y forzosos, la escasez de recursos y en algunos casos por decisiones estatales ["medidas homogeneizadores para los carnavales en Cuba"], y algunos de los principales riesgos tienen que ver con la irrupción del turismo internacional y la disyuntiva de organizar y promover fiestas para el turismo, la folclorización de la fiesta tradicional por decadencia de la sociedad, el repliegue de la fiesta hacia solidaridades más pequeñas, la infantilización del carnaval y los carnavales ligados al turismo convertidos en empresas culturales" (Jaramillo et. al. 2004, 20). La preservación del patrimonio cubano, tanto por las autoridades como por su pueblo, no es un mero capricho. Es un desafío real, ya que se tiene que luchar

contra los problemas económicos, la homogeneización cultural, así como la pérdida de una identidad que la Historia no ayudó a formar.

Ahí surge la importancia de la integración cultural regional: "Es necesario abrir espacios y concretar acciones bajo la égida de una integración multisectorial y multidimensional, con el convencimiento de que ya no es posible andar solos, y asumir que la integración y la cooperación son instrumento y espacio para acceder a mejores niveles de vida, elevar los niveles de desarrollo y enfrentar mejor el desafío de la mundialización. Si no existe una clara voluntad de integración cultural no será posible alcanzar con éxito el proceso integrador general" (Radl 2000, 27). En un espacio como el Caribe, sometido a varios yugos coloniales, y varias aportaciones culturales, la irrupción repentina de nuevos códigos culturales impide la eclosión de una identidad de la que ya fueron privados los caribeños durante siglos.

En paralelo, la mundialización impone normas internacionales en cuanto a la cultura y su preservación. El Caribe, como todos los demás espacios, tiene que adaptarse una vez más a estos requisitos. Éstos suponen inversiones financieras a veces difíciles de soportar, además de doblar las campanas de particularismos culturales locales que se perciben peyorativamente como "folclore" inepto para sobrevivir a la globalización: "A la vez, las fiestas enfrentan nuevos retos como el ser compatibles con los principios aceptados por la comunidad internacional en relación con la conservación del medio ambiente y el respeto por los derechos humanos. Uno de los desafíos más importante tiene que ver con los medios de comunicación que permiten que de la plaza la fiesta se traslade a las pantallas y se proyecte a través del mundo" (Jaramillo et. al. 2004, 20). Se trata aquí de hacer del patrimonio cubano y caribeño algo "compatible" con las esperanzas y los deseos de fuerzas externas, sin dejar de lado lo intrínsecamente cubano y caribeño.

En ese sentido, el diálogo cultural y la preservación del pasado permiten una mejor apreciación del presente así como la construcción de un futuro estable. La integración regional caribeña, y específicamente la integración cultural, no se puede lograr sin un repaso global de la historia cultural del Caribe, y tampoco se logrará sin una acción global concertada, orientada a preservar precisamente los particularismos, sin dejar de buscar los elementos comunes que unen los caribeños: "La vinculación de esfuerzos que trabajan en la misma dirección parece ser uno de los retos formidables a enfrentar en nuestros días a nivel internacional, lo cual puede confluir a tender el tejido de redes temáticas y sociales capaces de ofrecer frentes comunes a problemáticas y riesgos globales" (Jiménez López 2004, 31).

Lo de unirse para enfrentar problemas y mutaciones globales permite el desarrollo, en diferentes planos, y si no se trata de impedir la globalización, permite enfocar dicho proceso de otra manera, tanto más cuanto que ello no atajó las reivindicaciones culturales relacionadas con el territorio: "Ni la transnacionalización, en su momento, ni la globalización en nuestros días, han logrado separar el binomio cultura y territorio. Todo lo contrario, el territorio se ha colocado más frontalmente como el espacio de debate por la cultura presente y por la viabilidad de su futuro, se ha convertido en el nodo central de cuyo control económico, cultural y aun político depende la posibilidad de existencia de múltiples grupos sobre la faz de la tierra" (Jiménez López 2004, 30).

Por ello, “no es gratuito que diversas comunidades urbanas, campesinas e indígenas libren cotidianamente batallas por la subsistencia y se debatan a contracorriente de los neoliberalismos locales, para reivindicar, replantear y dar perspectivas de sostenibilidad a sus recursos y sus procesos culturales en ámbitos locales propios” (Jiménez López 2004, 30).

De ahí salen dos ideas: primero, que el vínculo entre patrimonio y ser humano no debe ser olvidado; segundo, que el proceso político cubano se opone en parte a la globalización que supone el neoliberalismo. Allende esto, la preservación del patrimonio cultural supone la apertura de ciertos medios de comunicación, lo que, además de abrir una brecha en el sistema establecido en Cuba, constituye un quebradero de cabeza a nivel tecnológico: “Si la globalización trajo consigo redes mundiales de circulación rápida de la información, dominadas por grandes cadenas y agencias, la divulgación, difusión y comunicación del patrimonio vivo a través de medios como las radios comunitarias, las televisoras locales y por cable […] constituyen una prioridad central para el cuidado del patrimonio. La mejor manera de cuidar y proteger el patrimonio vivo es dándole a conocer, socializándolo y promoviendo relaciones de participación social y comunitaria” (Jiménez López 2004, 31-32). Para Cuba, se trata pues de un reto tecnológico, ya que si la cultura fue difundida al conjunto de la Isla desde 1959, los medios y recursos que supone la difusión moderna de la cultura van en contra de las posibilidades económicas del país.

CONCLUSIONES

En conclusión a este trabajo, podemos destacar el hecho de que Cuba se presenta como un país abierto a varios aportes culturales, y sobre todo atento a éstos.

La Isla, a pesar de las dificultades económicas, tuvo a gala el estudio, la preservación y la difusión de la cultura tanto cubana como caribeña. Además, optó por une definición más bien amplia de los términos “patrimonio” y “cultura”, lo que, conjugado con sus esfuerzos para rescatar tanto la “identidad nacional” como unas identidades más “globales”, hace de ella un laboratorio de experiencias que pueden beneficiar a sus vecinos.

Los esfuerzos del gobierno cubano fueron respaldados por la implicación de los ciudadanos y las iniciativas populares. En efecto, no se tiene que olvidar que el pueblo y la población son los primeros en poder actuar a favor de la preservación del patrimonio cultural. Además, las autoridades cubanas vincularon el proceso revolucionario con la cultura muy temprano, y la implicación de la población en la preservación de la cultura supone al revés su apoyo a la Revolución.

En fin, cabe destacar la importancia del tema del patrimonio cultural en esos tiempos de mundialización/globalización y de integración regional. Este tema viene cobrando fuerza, y, a pesar de aparecer como algo inmaterial que no trae beneficios, la cultura se convierte en un puente que permite a los gobiernos y a los pueblos comunicar, y a consecuencia enfrentar juntos procesos globales, que tienen varios impactos en el patrimonio cultural y en las identidades.

En resumidas cuentas, la defensa del patrimonio cultural no significa el encierro en el pasado, sino más bien la construcción del futuro. Así, en Cuba como en

cualquier lugar, el patrimonio no es una simple herencia. Lo construyen también las generaciones presentes.

BIBLIOGRAFÍA

Álvarez Estévez, Rolando y Marta Guzmán Pascual. 2008. *Cuba en el Caribe y el Caribe en Cuba*. La Habana: Fundación Fernando Ortiz.

Amin, Samir y Rémy Herrera. 2003. *Cuba révolutionnaire. Tome 1: Histoire et culture*. Paris: L'Harmattan.

Arizpe, Lourdes. 2006. *Culturas en movimiento: interactividad cultural y procesos globales*. Mexico: M.A. Porrúa.

Begot, Danielle. 2011. "Le patrimoine est-il soluble dans le développement durable? Une interrogation à partir de la Caraïbe ». En La Caraïbe, un espace pluriel en question, editado por Thierry Hartog. Paris : Karthala.

Benítez Rojo, Antonio. 1998. *La isla que se repite*. Barcelona: Casiopea.

Borges Triana, Joaquín. 2007. *Concierto Cubano: la vida es un divino guión*. Barcelona: Linkgua Ediciones.

Corbea, Julio. 1984. "La comunidad cubano-haitiana de La Caridad". *Del Caribe: Boletín de informaciones culturales* (2-3). Casa del Caribe (Santiago de Cuba).

Escobar Araújo, Ana Milena. 2004. *391 experiencias de apropiación social del patrimonio cultural y natural*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Faivre D'arcier-Florès, Hortense. 2008. "Internationalisme et solidarité: une culture révolutionnaire cubaine ». En *Cuba 1959 – 2006. Révolution dans la Culture, Culture dans la Révolution*, editado por Françoise Moulin Civil. Paris: L'Harmattan.

Hart Dávalos, Armando. 1990. *Cultura en revolución*. México: Nuestro Tiempo.

Jaramillo, Lino, Olga Pizano Mallarino y Luis Alberto Zuleta. 2004. *La fiesta, la otra cara del patrimonio: valoración de su impacto económico, cultural y social*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Jiménez Barros, Alfredo. 2006. "Globalisation et intégration culturelle: l'Amérique latine doit-elle suivre le modèle européen?". En *L'identité en Europe et sa trace dans le monde: une approche interdisciplinaire*, editado por Miriam Aparicio. Paris: L'Harmattan.

Jiménez López, Lucina. 2004. "Retos en la gestión del patrimonio cultural vivo". En Escobar Araujo, Ana Milena, *op. cit.*

Lamore, Jean. 2003. "Le quartier du Tivoli à Santiago de Cuba: présentation historique et projet de requalification". En *Le monde caraïbe: échanges transatlantiques et horizons post-coloniaux*, editado por Christian Lerat. Pessac : Maison des Sciences de l'Homme d'Aquitaine.

---. 1988. “Présence du monde antillais dans la culture cubaine d’aujourd’hui”. En *Cuba et les Antilles: actes du colloque de Pointe-à-Pitre, 3-5 décembre 1984*, editado por Alain Yacou. Talence: Presses Universitaires de Bordeaux.

Lucien, Renée Clémentine. 2007. “Exils, cubanité et révolution”. En *La Révolution cubaine: mémoire, identité, écritures*, editado por Sandra Hernández. Nantes: Centre des recherches sur les identités nationales et l’interculturalité.

Orozco-Lamore, María Elena y María Teresa Fleitas Monnar. 2011. “Transgredir las exclusiones socioculturales: la Casa del Caribe de Santiago de Cuba”. En *La Caraïbe dans la mondialisation: quelles dynamiques régionalistes?*, editado por Eric Dubesset y Rafael Lucas. Paris : L’Harmattan.

Ortiz, Fernando. 1991. Estudios etnosociológicos. La Havane: Editorial de Ciencias Sociales.

Portuondo Zúñiga, Olga. 2003. “Acerca de la identidad caribeña”. En *Études Caraïbes*, editado por Jean Lamore. Pessac: Presses Universitaires de Bordeaux.

Radl, Alejandra. 2000. *La dimensión cultural, base para el desarrollo de América latina y el Caribe: desde la solidaridad hacia la integración*. Buenos Aires: Banco Interamericano de Desarrollo-Instituto para la Integración de América Latina y el Caribe.

Ruiz De Somocurcio, Jorge. 1994. “Problemas y posibilidades de la gestión urbana de las grandes ciudades en América Latina”. En *Las ciudades de América Latina: problemas y oportunidades*, editado por Alfonso Puncel Chornet. Valencia: Universitat de València.

Saunders, Tanya. 2008. The Cuban remix: Rethinking culture and political participation in contemporary Cuba. Ann Arbor: ProQuest.

Scarpaci, Joseph y Armando Portela. 2009. *Cuban landscapes, Heritage, Memory and Place*. New York: Guilford Press.

Segre, Roberto. 2005. *Tres décadas de reflexiones sobre el Hábitat latinoamericano*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Solbès, Jean. 1998. *Le défi cubain*. Paris: Graphein.

UNESCO. 1998. World Forum on the protection of folklore. Indiana University: UNESCO.

Ventura Días, Viviane. 2003. *Panorama de la inserción internacional de América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile: Naciones Unidas / CEPAL.

William, Luis. 2001. *Culture and customs of Cuba*. Westport: Greenwood Press.

Wood, Yolanda. 2008. “Enseñar el Caribe para que el Caribe exista”. En *Recherches Haïtiano-Antillaises : langues et éducation dans la Caraïbe*. Paris: L’Harmattan.

(s.a). 1983. Breve diccionario político. Moscú: Editorial Progreso.

(s.a). 1988. Cuba, estadísticas culturales. La Havane, s.n.

ANEXO

Dedicatorias del Festival del Caribe

1981 Artes Escénicas de Origen Caribeño
1982 Cultura de Origen Caribeño
1983 Cultura de Origen Caribeño (Primer evento internacional)
1984 Dedicado a la memoria de Maurice Bishop y a su país, Granada
1985 Dedicado al pueblo de Haití
1986 Dedicado al XXXIII Aniversario del Asalto al Cuartel Moncada y al Centenario de la Abolición de la Esclavitud en Cuba
1987 Dedicado al pueblo de Guyana
1988 Dedicado a la cultura de Brasil
1989 Dedicado al pueblo de Puerto Rico
1990 Dedicado al pueblo cubano
1991 Dedicado a República Dominicana
1992 Dedicado a Venezuela
1993 Dedicado al pueblo de México
1994 Dedicado al Caribe Francófono
1995 Dedicado al Caribe Anglófono
1996 Dedicado a Colombia
1997 Dedicado a Brasil
1998 Dedicado a la Huella Hispánica
1999 Dedicado a la Diáspora del Caribe
2000 Dedicado a África
2001 Dedicado a Panamá
2002 Dedicado a las Antillas Holandesas, Aruba y Surinam
2003 Dedicado a José Martí y el equilibrio del mundo
2004 Dedicado al Bicentenario de la Independencia de Haití
2005 Dedicado a la República Bolivariana de Venezuela
2006 Dedicado al CARICOM
2007 Dedicado a la Cultura Popular Dominicana
2008 Dedicado al Caribe Mexicano
2009 Dedicado a Honduras y la Cultura Garífuna
2010 Dedicado a la cultura de los pueblos de Curazao y Pernambuco
2011 Se dedica a la cultura del pueblo de Trinidad y Tobago.